

LUIS MANUEL RUIZ

CORAZÓN
de **MARFIL**



algaida



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2019

© Luis Manuel Ruiz, 2019

© Algaida Editores, 2019

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-121-5

Depósito legal: SE. 408-2019

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO	33
CAPÍTULO SEGUNDO	87
CAPÍTULO TERCERO	145
CAPÍTULO CUARTO	179
CAPÍTULO QUINTO	221
CAPÍTULO SEXTO	265

... as if the complex spaces of the board were
truly another world, created by thought but as
real as electrons.

THOMAS M. DISCH, *On Wings of Song*

Un monstruo no tiene hermanos.

JULIO CORTÁZAR, *Los Reyes*

EN EL CINE SUECO, LA MUERTE SE SIENTA A JUGAR AL AJEDREZ envuelta en un manto de terciopelo negro. Sin embargo, no es así. Él ha visto a la muerte jugar al ajedrez y resulta cualquier cosa menos elegante: va en silla de ruedas, tiene el cráneo rapado, viste una bata de clínica, juega de un modo ausente y remoto, como si atendiera a las órdenes que alguien le suministra al oído, y su mirada apenas se eleva de las casillas. No, la muerte no juega al ajedrez al estilo sueco: es mucho más doméstica y terrible que eso. Ahora él, Daamodar Parekh, lo sabe bien, o lo sabrá en cuestión de unas pocas horas: tendrá a la muerte frente a frente, al otro lado del cuadrilátero, y deberá combatirla sin más armas que las treinta y dos piezas de marfil con las que ha compartido su vida.

Pero en el momento en que Daamodar Parekh desenrosca su botella de agua mineral sobre el mantel del restaurante, en compañía de su mánager y a veces amigo, Clancy, aún no puede saber nada de eso. Luego el recuer-

do lo corregirá y entreverará todo, introducirá detalles de la espera en el desenlace, mezclará angustias con esperanzas y temores y sospechas, y llegada la hora de retirarse a su hotel, aquella noche de niebla húmeda en Madrid, Parekh sólo guardará una confusa idea de todo cuanto ha atravesado hasta llegar al cuarto de baño y las sábanas limpias. Recordará que sobre el mantel del restaurante, uno de esos locales caros y bien acondicionados del barrio de Salamanca, con vitrinas de cristal tras las que se exhiben antigüedades y lavabos de paredes de color esquivo, se marchitaban los restos de la cena fría que Clancy había solicitado a toda prisa, mientras tecleaba la pantalla de su teléfono móvil. Clancy no dejaba de parlotear sandeces con su basto acento americano, colocándose los tres pelos rebeldes en el lado correcto de la calva, y volvía a consultar Facebook o Whatsapp con gesto de indiferencia, como si fuera lo más natural hallarse abandonados en un restaurante de lujo en una ciudad que ninguno de los dos conocía. Hasta la que habían llegado no se sabía muy bien por qué. O, bueno, sí.

—En fin, que creo que Kramnik tendrá para rato —Clancy se giró a mirar una de las vitrinas—. Pobre tipo. Ha visto ya a cuatro especialistas, creo. Espondilitis anquilosante, ¿has oído tú hablar alguna vez de eso? Pobre tipo. En fin, anda fuera de juego y eso es bueno para nosotros. En cuanto a Kaspárov, lo veo viejo y no creo que vaya a darnos más guerra. Un tipo viejo. Los viejos al asilo, ¿no? Carlsen sí es otra cosa. Ha recibido un ELO de 2921 en el último ranking. Tipo duro. Joven todavía. Con ese sí hay que tener cuidado. Pero paciencia. ¿No te gusta el agua o qué?

Parekh se limitaba a asentir y a enroscar y desenroscar el tapón de la botella con gesto de resignación. Le importaban un carajo los chismes de Kramnik, de cuya espondilitis ya llevaba un tiempo al tanto, o del sitio en que Carlsen comprara sus polos noruegos, con los que lucía tan bien en las fotos. Le importaba una mierda todo lo que Clancy tuviera que decirle, las mismas tonterías que le repetía en un restaurante y otro mientras aguardaban el inicio de algún torneo o la llegada de alguien importante, alguien que pudiera ponerles en la ruta de un buen negocio: espónsores y demás. Ni Kramnik ni Kasparov ni Carlsen eran un problema, por supuesto que no, lo mismo que carecían de todo valor el niño prodigio Lékó, el armenio Aronián, Adam o Shirov. Él, Daamodar Parekh, surgido de un modesto suburbio del sur de la India, seguía siendo Campeón del Mundo, tal y como lo había demostrado en los dos últimos torneos, y de momento no existía sobre la Tierra mortal que pudiera hacer sombra a sus 3128 puntos ELO, según la última estimación de los jueces de la FIDE. En lo cual no se equivocaba: no era un mortal quien iba a doblegarle esa misma noche, la noche de niebla que detrás de los cristales del restaurante se entreveía azulada y turbia.

Aunque a veces se esforzaba en ello, a Parekh cada vez le costaba más trabajo recordar con nitidez sus años de juventud en las chabolas de Tamil Nadu, y todo cuanto le siguió a continuación: el descubrimiento prodigioso, por parte de sus profesores, de que poseía un talento innato para el ajedrez y los primeros combates en las aulas de la escuela secundaria, pobladas de moscardones; los

diversos rivales, algunos soñolientos, otros dotados de barbas proféticas, otros delgados y altivos, algunos con los rostros borrados por el paso de los años, a los que tuvo que oponerse en concursos de provincia, hasta llegar a convertirse, con tan sólo diecinueve años, en el campeón reconocido de su país. Y allí daría inicio la vorágine: los premios, las cosas doradas que su madre iría coleccionando en una repisa del salón de casa, los viajes, el Premio Arjuna, el óscar del ajedrez, Delhi, Bruselas, Nueva York, Sídney, y un caótico remolino de edificios, avenidas y tejados, de fachadas entrevistadas tras las ventanillas del taxi, en que se resumían todas las ciudades que había recorrido desde entonces, tan sólo para tomar asiento frente a otro hombre en un hotel mal iluminado, con sesenta y cuatro cuadraditos negros y blancos entre ambos. Así, también, hasta Madrid.

—Una oportunidad —entonaba Clancy ahora, que buscaba a un camarero con los ojos porque había sentido una súbita sed—. Esta es una oportunidad, Dam. Lo de Morphy y tal, bueno, se sabía. Buen tipo, Morphy, a pesar de las borracheras. Lo de Morphy, bien, se sabía, ya está. Pero esta sí es la oportunidad, Dam. Un tipo importante. Nos la jugamos.

El motivo oficial de la presente visita a España, país del que, por lo demás, Parekh conocía poco aparte de la tortilla de patatas y algunos monumentos que huían velozmente de su mirada en el parabrisas del taxi de siempre, era el combate con Morphy en Toledo. Seldom Morphy, el viejo Morphy, con sus manías y su gorra de béisbol y su agorafobia y su litro y medio de whisky diario y su

perentoria necesidad de un puñado de dólares que le permitieran castigar su hígado un poco más. Clancy lo había arreglado todo con el mánager de Morphy, una gloria en su día y campeón mundial por tres temporadas consecutivas, para que ofrecieran una exhibición en una vieja iglesia desacralizada con arcos de herradura bajo las bóvedas. La partida no había valido una mierda y ciertamente no quedaría en los anales, pero al público le importó poco: el gentío que llenaba las naves a rebosar se conformaba de sobra con ver de lejos la tez canela del campeón indio y la barba de tres días del americano, de la que se elevaban intermitentes eructos con olor a Jack Daniel's. Ese había sido el motivo oficial, Morphy. Pero había otro; otro más recóndito e interesante, otro que obligaba a Clancy a bajar la voz y a tartamudear en el restaurante, al tiempo que elegía un puñado de pistachos del cuenco de porcelana.

—En realidad, Dam, ni siquiera puedes imaginarte cuánto nos paga —las palabras de Clancy se deshacían entre los trocitos de frutos secos—. Un tipo importante, eso seguro. De lo más, diría yo. Un millonario, o algo. No es raro que gente como tú tenga admiradores de esa clase, ¿no? Tú eres un tipo deslumbrante.

Clancy no mentía: había multimillonarios aburridos en Niza, San Petersburgo y California que, cansados de amasar fortunas vendiendo armas o revistas pornográficas, acababan por dedicar sus días de jubilación a ese juego paciente que les habían enseñado en la niñez. Y como no les bastaban los maestros locales y los programas informáticos no sabían adularles debidamente, se lanzaban

a ofrecer sumas estúpidas a figuras de renombre por el precio de una partida o dos. Como este desconocido del que Clancy hablaba ahora con admiración, a punto de asfixiarse con un pistacho mal masticado, mientras Parekh procuraba inútilmente distraerse con el tapón de su botella de agua mineral.

—Eso sí, hemos de aceptar sus condiciones. Extrañas, cierto, propias de un excéntrico, pero eso qué importa. No te imaginas cuánto va a pagarnos: un tipo importante. Hay que aceptar sus reglas: no va a pasar nada, Dam. Sólo una mera partida. Como aquella otra vez en Montecarlo, ¿eh?, con el príncipe árabe aquel. ¿No nos salió bien aquella jugada? No quieren que sepamos nada, ni siquiera el lugar en que se celebrará la cosa, y por eso hemos quedado en vernos aquí. Son sus reglas, ¿qué más da? Tú vas, juegas y te vuelves. Y trincamos la pasta, claro. La semana que viene, Buenos Aires. Allí es verano ahora, ¿no?

Por suerte para Daamodar Parekh, que estaba a punto de agonizar de aburrimiento, un nuevo objeto mucho más interesante que un tapón de rosca girando estérilmente sobre un gollete hizo su aparición en escena. A través de la vasta cristalera del restaurante, que la noche recubría con un telón negro, sus ojos vieron relampaguear un coche. Un vehículo de alta gama, de una tonalidad indistinta a la del cielo y los edificios que le ayudaban a pasar desapercibido, que ahora giraba la esquina de la calle adyacente, que se llamaba Ayala, y se detenía en silencio frente a la acera sin apagar las luces ni el motor. Clancy continuaba monologando acerca de tonterías como que

en el hemisferio sur el agua de los lavabos gira en el desagüe en sentido inverso al que lo hace en casa (pero ¿qué casa?) cuando Parekh vio abrirse la puerta trasera del coche y elevarse de ella una figura de mujer. La mujer atravesó la noche vacía, retiró las sucesivas capas de niebla que la separaban de la entrada del restaurante, inclinó la cabeza ante el *maître* y se detuvo en una esquina de la moqueta. Debía de irradiar algo, una electricidad, un aura; Clancy, que le daba la espalda, no había podido verla, pero frenó su perorata en seco en cuanto ella se apostó tras el respaldo de su silla.

—Usted es Daamodar Parekh —pronunció en un inglés límpido, haciendo una afirmación, no una pregunta—. Es hora de marcharnos.

Era alta, tanto que nublaba el brillo de las lámparas del techo, y de facciones hermosas, interrumpidas por la negrura de las gafas de sol. Un largo abrigo de cuero marrón, del color de las botas de una amazona, impedía adivinar las curvas que comenzaban debajo de su cuello y comprobar si eran tan cerradas como prometían en un principio; el cabello, tal vez largo, se apretujaba contra la nuca como obligado por un pisotón. La presencia de la mujer tenía algo de mineral, de fatídico: algo de estatua que echa sobrenaturalmente a andar para advertir a los humanos que les aguarda una desgracia a pocos pasos. A Clancy le provocó sofoco y una riada de sudor bajo la calva; Daamodar Parekh, sin embargo, no podía ocultar su fascinación.

—Vamos entonces —dijo Clancy poniéndose en pie, antes de que la estatua lo hincara en su silla con un empujón.

—No —dijo—. El señor Parekh vendrá solo. No tiene motivos para inquietarse. Le devolveremos a este mismo sitio en cuanto terminemos.

El chófer del vehículo, como comprobaría Parekh en cuanto se acomodara en el inmenso asiento de atrás, no era menos rocoso ni tétrico que su variante femenina: el cuello se limitaba a girar con sequedad encima del respaldo, siguiendo la posición de los haces de los faros sobre el asfalto. Parekh jamás había subido a un coche como aquel: obviando el tamaño de la cabina, ningún coche en el que hubiera viajado antes contaba con un equipo electrónico semejante, con indicadores de posición, cámaras infrarrojas, telepantallas, visores y altavoces. A un lado, acomplejado por su falta de sofisticación, yacía un mueble bar de marfil y caoba.

—Es mejor que se coloque esto sobre los ojos —la mujer, que se había sentado junto a él, le tendió un antifaz como los que ofrecen en los vuelos transatlánticos—. Preferimos que no reconozca el camino.

No, no era como los que ofrecen en los vuelos transatlánticos: ninguno de los que Parekh había usado hasta la fecha acariciaba su frente con esa frescura majestuosa de las batas de seda. Sumido en su mundo de suavidad y negrura, sólo pudo distinguir dos cosas: que el coche había comenzado a desplazarse y que la mujer se comunicaba con alguien a través de su teléfono móvil. Seguía hablando en inglés, pero el rumor del motor y el roce del cuero de su abrigo contra el del asiento deformaban las palabras, de las que Parekh sólo logró rescatar una frase: *Estamos en camino*. El resto del trayecto fue incierto. Un

número indeterminado de giros y paradas, un sonido de estática en alguno de los aparatos circundantes, la mujer que tal vez cambiaba de posición, un temor repentino, luego solapado, de ir a ser víctima de un juego más cruel que aquel que tenía lugar sobre los escaques, sed, el deseo de regresar al hotel, el recuerdo de otra mujer a la que no sabía si volvería a besar. Por último, el vehículo se detuvo frente al chirrido de una puerta de garaje que se despegaba y resbaló por una rampa antes de accionar bruscamen- te los frenos. En ese momento, recobró la vista. En efecto, se hallaba en lo que parecía un aparcamiento subterrá- neo, ante un hombre rubio de facciones armoniosas que le invitaba a abandonar el asiento y acompañarle.

—Sea usted bienvenido, señor Parekh —entonó con el mismo acento irrefutable de la mujer de las gafas de sol—. Nos hace usted un gran honor al dispensar- nos parte de su tiempo. Por aquí, por favor.

El aparcamiento, prácticamente vacío si se excep- tuaban otros dos pares de coches de lujo olvidados en un rincón, conducía a un pasillo con luces de emergencia como excavado en las entrañas de un búnker. A medida que se internaba en los intestinos de hormigón, tuberías y cables, en el cerebro de Parekh iba acrecentándose la im- presión de que visitaba un refugio nuclear, de que este era un lugar construido con el propósito de buscar protec- ción de una catástrofe inminente que arrasaría la entera superficie del planeta convirtiéndolo en un papel en blan- co. El pasillo concluía en una habitación cuadrada, tan desnuda y lóbrega como lo que la precedía: una silla de aluminio, situada en el extremo opuesto a la entrada, mi-

raba a una mesa de un solo pie sobre la que reposaba un tablero; un gran espejo rectangular, a todas luces una ventana camuflada, replicaba desde la pared izquierda la escasez de muebles y el desagradable resplandor de la lámpara de neón. Hasta que no ocupó la silla, con la línea de piezas blancas frente a él, Parekh no advirtió la presencia de la cámara en una esquina del techo, apuntándole con un ojo de color rubí. Si el resto de detalles no habían conseguido intimidarle o hacerle vacilar lo suficiente, este sí le alarmó: quién le había conducido a aquel lugar apartado y para qué; qué clase de operación exigía estas precauciones, estas habitaciones subterráneas, coches de lujo, misterio y circuitos cerrados de televisión. Él, Daamodar Parekh, era Campeón del Mundo por tercer año consecutivo, y ese rango no se gana sin acumular una cantidad razonable de enemigos: gentes que le devolverían con gusto una puñalada como pago por su derrota, que gozarían con verle gritar o sangrar a cambio de un desaire o una burla. Una gota de sudor se formó lentamente en su nuca, allí donde crecían los rizos más rebeldes de su cabellera indostaní: quizá esta no había sido la mejor idea de Clancy en sus años de servicio.

Revistaba en su imaginación las diversas formas de tortura a las que quizá iba a tener que enfrentarse (haber crecido en las chabolas de Tamil Nadu le facilitaba la tarea), cuando la misma puerta por la que había entrado, la que se encontraba al otro lado del tablero y de su propia silla, se abrió de golpe. Entonces comprendió que esta era una noche extraña, y que amenazaba con convertirse en algo más extraño todavía. Acababa de regresar el hombre

hermoso y rubio que le había recibido a su llegada al aparcamiento, pero no venía solo: le acompañaba la mitad de otro hombre. El resto de un hombre, lo que queda de él al aplicar las severidades de la enfermedad o la decadencia: un cuerpo en silla de ruedas. El cuerpo rodó hasta colocarse al lado contrario del tablero; y los temores de Daamodar Parekh fueron reemplazados en su corazón por la curiosidad y el pasmo.

Tiempo después de aquel encuentro, pasadas semanas, meses enteros, incluso años, Parekh volvería a recordar aquella figura insólita y la asociaría, sin querer, con la muerte que juega al ajedrez en las viejas películas suecas que se ven en las cinematecas. Tan absorto se encontraba en contemplar su cráneo pelado al cero, las facciones como disecadas sobre el armazón de la calavera, esa asombrosa palidez de vientre de pescado, la riada de venas que se traslucían bajo su piel, que apenas entendió que el hombre rubio se despedía y cerraba la puerta de la habitación tras él con un leve chasquido. Ahora Parekh estaba solo: solo frente a la cámara, el falso espejo, el tablero que le ofrecía las blancas, el enigma. Las preguntas se acumulaban en su mente al tiempo que reparaba en otros detalles: la ausencia de edad aparente de aquel hombre, la bata de hospital que cubría su desnudez, el haz de cables que rodeaba su nuca y parecía perderse en el respaldo de la silla de ruedas. Y los ojos. Los ojos espantosos que Parekh sólo se arriesgó a mirar durante un segundo antes de volverse hacia las piezas del tablero: dos goterones de oro líquido en la posición de los iris, dos mundos extraviados en una noche sin rumbo, dos interrogaciones más.

Clancy le había dicho que pagaban bien, que él sólo tenía que jugar: movió el primer peón. Siguió el segundo. Eligió un caballo. Luego otro peón, al que secundó un alfil, y pronto la desorientación de sus ideas fue corregida por el rumbo rígido que marcaban las leyes del ajedrez. Pero el estupor no tardó en aparecer de nuevo: las extravagancias del ser de la silla de ruedas no terminaban en su aspecto. Jugaba de un modo desconcertante, que hacía a Parekh retener la respiración. No se trataba de nada obvio, nada rectilíneo, que le impulsara a levantarse del asiento con una exclamación: todo transcurría de un modo subterráneo, sin ofrecerse, mostrando fugaces puntos que se desvanecían en seguida, revelando siluetas que se convertían en vapor en cuanto él trataba de capturarlas en su puño. El extraño jugaba de manera agresiva, casi suicida, apilando un gambito sobre otro e incluso sobreponiéndolos entre una sangría de piezas perdidas; su indiferencia por el intercambio masivo recordaba a Topalov, pero más ausente y como diabólico; su constante acoso de la reina y del rey revelaban un desdén por la belleza técnica que a Parekh le hacía pensar en un cuarto de Mozart interpretado con cacerolas. Pero no se trataba de agresividad, o no sólo de eso, sino de algo más profundo y más negro, un abismo que se abría debajo de la absoluta carencia de imaginación de cada jugada. Alekhine también era agresivo y jamás nadie pudo plantear un reproche a su amor por el ajedrez. No, lo que desasosegaba a Parekh se encontraba en otra parte.

Los periódicos especializados y comentaristas de los cinco continentes habían alabado la dócil elegancia de

Daamodar Parekh al planear su táctica. Más cercano a Capablanca o Petrosian que a otros maestros proclives a la violencia, su juego se caracterizaba por una suavidad oriental parecida al hechizo de la serpiente, por movimientos sinuosos, indirectos, que nunca daban la cara del todo y que sabían envolver al rival antes de que este se diera cuenta de que era demasiado tarde para esquivar la mordedura fatal. Así expresaba él su carácter, las corrientes interiores de su alma: porque el juego del ajedrez desdibuja sobre las casillas un retrato tan fidedigno de nosotros como cualquier estudio de fotografía. Salvo en el caso de este hombre, o lo que fuera. Salvo en el caso de este extraño bajo la superficie de cuyos movimientos no parecía haber nada, aparte de vacío y desolación: era como jugar con la muerte, sí, como jugar con la pura negación, la ausencia de todo instinto. Incluso las máquinas, por lo que él sabía, obedecían un patrón o un último impulso dictado por los algoritmos: aquí la única finalidad era alcanzar cuanto antes el desenlace, la nada del comienzo.

En cierto momento del combate, casi sin saber cómo, Daamodar Parekh advirtió que había arrinconado al enemigo. Un rey patético, semioculto tras una tanda de peones y un caballo, sufría el acoso de una torre y una reina dispuestas a reducirlo a dentelladas. Era obvio que el extraño no había previsto esa conclusión: miraba atónito las figuras de marfil dispuestas sobre los escaques, como si tratara de leer una inscripción, como si no lograra comprender del todo lo que pretendían decir. Ese hiato de silencio y sorpresa se alargaba. Parekh sospechó que

aquel ser como no había visto jamás otro pensaba, o lo que quisiera que soliese hacer en el interior de su cráneo, y que rápidas combinaciones tenían lugar en la oscuridad de su inteligencia mientras él apretaba las quijadas y movía los ojos. Los movía, sí. Los párpados permanecían cerrados, pero bajos ellos dos esferas asustadas giraban locamente en las órbitas, igual que las de quien sufre una pesadilla. Sus sienes palpitaban, la respiración se hacía más costosa en los labios: Parekh temió un colapso y quiso decir algo, pero se detuvo de golpe. El hombre sangraba; una fina estela roja descendía a través de su nariz manchándole la boca, como una advertencia.

—Está bien —bramó entonces una voz deforme a través de un altavoz que Parekh no pudo ubicar—. No es necesario que prosigamos.

Pero el extraño no estaba de acuerdo con la voz. Sus dientes estrujaron una cosa invisible, una mirada de furia hizo relumbrar el oro de sus iris.

—¡No! —ladró, y su tono era impersonal, fúnebre, como aquella habitación—. ¡Lo haré! Lo haré.

Hubo una segunda pausa, los ojos de oro se escondieron de nuevo bajo los párpados, y a continuación tuvo lugar el milagro. Aunque aquellos minutos finales serían los que en el futuro, una vez abandonado aquel lugar maldito, Daamodar Parekh volvería a repasar una vez y otra con una creciente sensación de perplejidad y miedo, jamás lograría entender de qué modo se sirvió el extraño de la silla de ruedas de sus exiguas fuerzas para, en apenas cuatro jugadas, combinado los ángulos de un caballo y un alfil, salir de su atolladero y plantear un drástico jaque

mate a las blancas. Después del último movimiento, el extraño se echó atrás en su asiento y suspiró, agotado: un cerco de sangre marcaba su sonrisa. Parekh aún intentaba reponerse del golpe analizando las posiciones de los peones restantes cuando, sin aviso, el hombre hermoso y rubio volvió a irrumpir en la habitación y retiró la silla de ruedas. El resto fue rutinario, fácilmente olvidable: regresó la mujer del abrigo de cuero, preguntó a Parekh cómo se encontraba, le invitó a seguirla a través del mismo pasillo de antes, que él no vio, porque no podía ver nada.

—Le agradecemos mucho su colaboración —dijo la mujer abandonándole en la puerta de otro coche distinto e idéntico al de antes, en cuyo interior aguardaba a Parekh otra mujer curiosamente similar a ella—. Nos pondremos en contacto con su mánager para abonarles lo convenido. Buenas noches, y buen viaje.

Luego seguirían el antifaz de seda, el recorrido entre tinieblas, el restaurante y Clancy, pero Parekh no olvidaría la última imagen de la mujer que le miraba partir desde las columnas grises del aparcamiento. Durante un segundo minúsculo, apenas un parpadeo, la mujer retiraba de su rostro las gafas de sol y mostraba sus ojos. El izquierdo no era humano. Era un ojo de pájaro, una cosa circular y enorme, una esfera de ámbar: la mujer tenía un ojo de halcón.

El caballo de bronce contemplaba con muda envidia cómo los caballos de estuco giraban en las barras del tióvivo. A pesar de que llevaba sobre sus lomos a un rey antiguo, con una pica elevada en el puño en señal de triunfo, el caballo

de bronce hubiera declinado con gusto el honor para dar vueltas y más vueltas en el círculo del tiovivo, entre bombillas y niños que gritaban, bajo el atronador ritmo de la música que llenaba toda la plaza con su eco. Con enorme placer el caballo de bronce hubiera descendido del pedestal, y con la fachada del Museo Nacional a su dorso habría paseado por las aceras del centro, entre el gentío, sorprendiéndose de los globos de las farolas, admirando las mercancías de los vendedores ambulantes, deteniéndose a apreciar los caruchos de palomitas y los bastones de caramelo y a aspirar el aire nocturno adulterado con olores a gasoil y leña, que ya avisaba de la cercanía del invierno. Todo eso hubiera hecho el caballo del monumento, lo mismo que hacía el niño. El niño tenía dos ojos enormes y como espantados, y caminaba de la mano de su hermana mayor entre la multitud que subía y bajaba el largo de la plaza.

La llamaban así, plaza, pero en realidad se trataba de un bulevar en forma de rectángulo, orientado hacia el suroeste, el punto más alto, donde se erigía, en toda su majestad, el palacio hinchado de cúpulas del Museo Nacional. Ante él, como en cascada, iban derramándose el monumento con la efigie del fundador de la patria, que parecía mirar al infinito desde sus ojos de bronce, y la isleta central en que los días especiales, los fines de semana y fiestas de guardar, desembarcaba toda aquella prodigiosa raza de seres de otro mundo: los tragafuegos, que iluminaban la noche con una lengua amarilla después de trinchar sus pulmones con una antorcha encendida; los vendedores de marionetas, cuyas criaturas bailaban un claqué mudo sobre las mantas extendidas en el suelo; sol-

dados y princesas mecánicos que desfilaban por el pavimento, después de que un anciano les hubiera dado cuerda con una llave en forma de lazo; el gordo del acordeón, siempre el mismo gordo, el que el niño reconocía una vez y otra cada domingo, con una verruga en la aleta de la nariz, borracho o sumido en un recuerdo fangoso, haciendo aullar una canción llena de melancolía; el hombre que imitaba a las estatuas, más inmóvil y definitivo y como muerto que el rey de la lanza que los dominaba desde lo alto. El niño contemplaba todo aquel muestrario con ojos de sorprendido agradecimiento, sentía la frialdad del aire en los labios y parecía sonreír.

No era algo que soliera hacer a menudo, sonreír. Se trataba de un niño introvertido, que no respondía a los mayores cuando le preguntaban cuál era su equipo de fútbol favorito o qué chuchería prefería para merendar, y observaba las ofertas del mundo desde un escaparate de silencio que rara vez se atrevía a franquear. Pocas cosas le despertaban algo similar al entusiasmo; su hermana, al tanto de que estos tenderetes y atracciones de los domingos se encontraban entre ellas, lo había llevado consigo a pasear en medio del bullicio, bajo la música hiriente del tiovivo, entre bufandas y abrigos que no se atrevían a detenerse para no perder calor. Y así el niño se demoraba en los rincones de aquel reino contradictorio, y seguía conteniendo el parpadeo frente a los pájaros mecánicos del juguetero, que temblaban levemente en el aire gélido a punto de caerse, o las piruetas de las bailarinas, aprisionadas en sus cajitas de música entre espejos superpuestos que las hacían huir como más y más lejos.

Así, dejadas atrás las bolsas de papel y plástico, zapatos y faldas y piernas de gente demasiado elevada como para divisar sus rostros, el niño se halló ante el último puesto. No era el último, en realidad, ni el primero, ni ocupaba ninguna posición especial en medio del tumulto que cubría la plaza; pero para el niño sí fue el último, porque después de él no desearía detenerse frente a ninguno más. Su hermana acababa de soltarle la mano porque alguien la reclamaba desde el teléfono móvil y ahora andaba enzarzada en una conversación con un fantasma, en medio de los hombros y las espaldas que iban y venían, así que él pudo fijar su mirada en el expositor y dejarse conquistar tranquilamente por la belleza de lo que veía. La tienda no era nada extraordinario, ni por su tamaño ni por la mercancía que ofrecía. Sobre un panel del tamaño de una mesa de comedor, viejos aparatos de hojalata que habían servido para distraer a otros niños remotos, niños que ya no eran niños, se lamentaban del paso del tiempo: una noria con mujeres de perfil; un cuadrilátero en que púgiles con bigote no parecían muy dispuestos a reanudar el combate; un automóvil conducido por un piloto con dos gafas empañadas de polvo. Y allí, en el centro, como disimulando, como esforzándose en pasar desapercibido sin conseguirlo, uno de los más hermosos juegos de ajedrez que nadie hubiera presenciado jamás. El tablero era de marfil y ébano, con una suave pátina que hablaba de selvas alejadas y playas de conchas. Y las piezas se diferenciaban de todas las demás: no se trataba de las figuras habituales, académicas, de torres, corceles y espiras, ni de representaciones en miniatura de reinas y corte-

sanos. Era geometría: esferas, cubos, pirámides, cuerpos que el niño no conocía pero que le arrebataron de inmediato con la enigmática regularidad de sus superficies y aristas. Las blancas estaban fabricadas con un material traslúcido, como un humo pálido; en las negras tenía lugar una noche de verano, aclarada por una luna que no estaba allí.

—¿Te gusta? Es un ajedrez muy especial, ¿verdad?

La tienda pertenecía a un hombre rubio, de hermosas facciones y ojos claros, que sonreía ahora al niño desde el otro lado del tablero. Fue tomando pieza a pieza y exhibiéndola en la palma de su mano derecha; el niño estaba tan fascinado por sus formas arcanas que no pudo advertir, o no quiso, que esa mano era única: tenía seis dedos en vez de cinco, uno más entre el medio y el anular.

—La persona que creó estas piezas se inspiró en los cinco sólidos platónicos —dijo el hombre rubio con un crujido en la voz—. Los poliedros regulares. ¿Sabes tú quién era Platón?

El niño negó con la cabeza, sin dejar de mirar el ajedrez.

—Fue un sabio que vivió hace mucho tiempo, en Grecia —el hombre rubio se echó atrás; estaba sentado en una silla de lona, como un director de cine o un cazador de rinocerontes—. En un libro llamado *Timeo*, Platón dejó escrito que los cinco elementos de que se compone la naturaleza están formados por pequeñas partículas de estas cinco figuras. El icosaedro, de veinte caras, que aquí es el rey, correspondería al agua. El dodecaedro, de doce, aquí la reina, a un misterioso elemento llamado éter,

que se encuentra en la Luna y los astros. Nuestro alfil es el octaedro, de ocho caras, que en el sistema platónico ocupa el lugar del aire. La torre es el hexaedro o cubo, de seis caras, la tierra. Y el más pequeño, el tetraedro, de cuatro caras en forma de triángulo, vale por el fuego, nuestro caballo. Hemos añadido peones con aspecto de esfera, porque la esfera es la forma perfecta para los antiguos, la forma que resumía mejor que ninguna otra el contorno total del universo. ¿Entiendes lo que esto quiere decir?

El rostro del niño seguía detenido en un gesto neutro, como si quisiera resistir un dolor, de modo que el hombre rubio reanudó su monólogo. Habló de cosas extrañas, cosas ante las cuales otra persona que no hubiera sido aquel niño habría interpuesto un dudoso arqueado de cejas o una tos. Dijo que aquellos cinco elementos de nombres extravagantes eran la materia última de que se compone todo cuanto vemos y aun lo que se oculta a nuestros ojos: la alta cúpula del cielo, plagada de lucernarios; la amenaza y el refugio del fuego, que arde en los hornos; las bestias, el cristal, los desiertos, las uñas de nuestras manos y el tumor que hace morir a los enfermos, el acero de las armas, el algodón blanco de las nubes, nuestros pensamientos y nuestras ansias, el pasado que se deshace en la memoria y el futuro que los calendarios sólo anuncian. El universo entero y cuanto se contiene en él pueden reducirse a una combinación de esas raíces diminutas; más aún: su historia, su evolución, su despliegue, su búsqueda del terror y la gloria vienen determinados por los diversos porcentajes que esa mezcla puede alcanzar en el crisol de un alma o el interior de una estrella. Lo mismo que en el ajedrez: eso dijo el hombre rubio. Cuando jugamos al ajedrez,

cuando hacemos avanzar y retroceder esos minúsculos soldados sobre su campo en forma de cuadrícula, también nosotros ordenamos el mundo, le otorgamos proporción y número, lo desbaratamos, podemos aniquilarlo y volverlo a ordenar. Ese es su secreto. Quien juega al ajedrez, repite la maniobra de la creación o anuncia el apocalipsis, al cual ha de suceder un nuevo comienzo. Quien juega al ajedrez es Dios. Y para subrayar esa palabra definitiva, el hombre rubio alzó su mano y la abrió despacio, como soltando una mariposa prisionera.

La expresión del niño seguía sin variar, sin sacudirse de su letargo. Miraba al hombre rubio con cierta clase de dureza, del modo que emplea alguien la mirada para recalcar un reproche, y por un momento el hombre rubio creyó que comprendía todo cuanto le había dicho, cosas que estaban muy lejos de la comprensión de personas mayores que él. El ajedrez que le hipnotizaba era plegable: el tablero de marfil y ébano podía doblarse en dos sobre unas bisagras que recorrían la línea de casillas centrales, y las piezas, todas aquellas formas prodigiosas que habían contribuido a la fabricación del mar y las galaxias, se guardaban aplicadamente en el interior, que protegía un broche. Una vez el hombre rubio hubo recogido peones, alfiles y torres y hubo presionado el cierre con el pulgar, se lo tendió al niño con ademán de confiarle un secreto.

—Es un regalo para ti —musitó—. Sabemos que amas el ajedrez. También nosotros lo amamos. Y por eso queremos que nos acompañes.

El tablero emitió una especie de deliciosa electricidad al rozar las yemas de los dedos del niño. Era ligero,

muy ligero, igual que un libro de pequeño tamaño, y prometía horas de incontable placer entre los recovecos de sus casillas, en medio de monturas y alguaciles que se perseguían a lo largo de avenidas en blanco y negro, blanco y negro. Aquello ya apenas importaba, ya nada importaba en realidad con la belleza y las promesas del ajedrez debajo de su brazo, pero su hermana, a la que dedicó una fugaz interrogación con la vista, seguía enfrascada en su conversación con el teléfono móvil, allí al final, en el fondo de un pasillo infranqueable de abrigos y espaldas que se intercambiaban. Por eso el niño recibió sin sorpresa la otra mano que se introdujo en la suya y tiraba de él hacia un lado, apresurándole, indicándole que no estaba bien detenerse ante cosas sin valor.

—Somos tus amigos —sonrió por último el hombre rubio, entregándole a la mujer—. También nosotros amamos el ajedrez.

El niño se dejó arrastrar lejos, en medio de la vorágine de zapatos, y rostros, y bufandas, y sombreros, y gentes que gritaban o reían, y caballos de estuco girando en sus barras de dos colores, y no sintió aprensión, y no sintió miedo porque llevaba su ajedrez nuevo debajo del brazo. Ese regalo lo disculpaba todo, repintaba su futuro inmediato de colores nítidos y brillantes: no importaba nada la frialdad de la noche, el olor a gasoil y leña, el coche oscuro que les aguardaba al final de la acera, la mano que le remolcaba, una mano particularmente huesuda y fría, una mano que parecía recubierta de escamas, una cosa en la que alguien menos entusiasmado o indiferente que aquel niño habría reconocido la garra de un reptil.